



AL NORTE
DEL DUERO

1935

I. LA MONTAÑA DE LUNA

Martes, 31 de marzo de 1935

El nombre de aquella comarca le había hecho gracia a Céline desde el primer momento. *La Montagne de Lune*. Sonaba a cuento de hadas, a fábula inventada para hacer soñar a los niños con duendes y animales parlantes. Tan apropiado que parecía hecho a medida para ella. Sabía, porque lo había leído en libros de viajes y de aventuras, que existía una Montaña de la Luna en el sur de China; una colina atravesada por un arco semicircular a cuya cumbre se ascendía recorriendo mil peldaños de roca caliza. También tenía noticia de los legendarios Montes de la Luna, en las regiones orientales de África, cuyas cimas permanecían invariablemente envueltas en niebla y cubiertas por un manto de hielo. Había visto ilustraciones de la una y de los otros, y hasta habría sido capaz de señalar dónde quedaban en un mapa del mundo: demasiado lejos.

Aquello era un poco distinto. La Montaña de Luna, *La Montagne de Lune* en la lengua que iba a enseñar a sus alumnas, estaba mucho más cerca del santuario de Roche Amère, al norte de la ciudad de Montauban, desde el que se había acordado su contratación. Todo mucho más prosaico, aunque suficientemente distante como para resultarle atractivo. Con salir de Francia le bastaría. No era necesario que un poeta romántico hubiera apuntado a aquellos parajes como parte de la ruta hacia Eldorado. Tampoco había partido en busca de valles sombríos ni de las fuentes del Nilo. Lo único que Céline pretendía era poner algo de tierra de por medio y ganarse la vida como maestra.

Albergaba, también es cierto, el deseo de cambiar de aires, el

natural apetito de la juventud por todo lo exótico y novedoso. Claro que habría preferido subirse a un expreso con dirección al Lejano Oriente, o viajar mucho más al sur, dejando atrás la cordillera del Atlas para adentrarse en el África negra. Quizás —¿por qué no?— embarcarse en un buque transatlántico que la llevase a las tierras de la diosa Cuerauáperi. Pero era realista. El destino ya había sido muy generoso con ella. Muchas de sus compañeras de la École Normale d'Institutrices de Limoges se habrían horrorizado ante la perspectiva de instalarse en un internado español a más de doscientas leguas de su amada Limousin. ¡Qué locura! ¿Y si las asaltaba un bandolero? Tenía algo de anquilosada aquella tendencia a no querer abandonar el terruño, al menos así lo veía ella, que de buena gana se habría recorrido el globo de punta a punta de haber contado con medios para ello. Porque esa era la cuestión; Céline de ganas y arrojo iba sobrada, pero de patrimonio había ido muy justa toda la vida.

Igual por eso ni echaba cuentas de la miseria que la rodeaba en el vagón de tercera clase que había podido permitirse. No pensaba —o prefería no pensar— en lo mullidos que debían ser los asientos de los viajeros que habían pagado por un billete en primera, en lo cómodos que debían ir con espacio para estirar las piernas, sin tener que apretujarse entre las pertenencias y los codos de desconocidos. Seguro que al otro lado del tren se aguardaba con más desahogo la llegada al punto de destino. Céline, que llevaba la vida entera teniendo que aprovechar lo poco que la fortuna le daba de balde, se había agenciado un hueco al lado de la ventanilla y había bajado el cristal lo justo para asomar la nariz y saciar la curiosidad. Apenas hubo quejas al respecto, acaso porque el vagón iba tan lleno que un poco del frescor primaveral de marzo hasta se agradecía. El alivio del aire remozado y la contemplación de un paisaje cambiante —a ratos montañoso, a ratos pura pradera— le servían para entretenerse e ir haciéndose una idea de

lo que se encontraría al llegar. Cordilleras arriscadas, espesura de musgo y hayas, vaguadas de un verde mineral por las que discurrían las aguas opacas de un río caudaloso y, aquí y allá, pueblos con sus casitas de piedra y adobe, sus pallozas, sus palomares y algún molino harinero. Puentes de madera que cruzaban regatos, sembrados, iglesias sencillas, ermitas y caminos que unían aquellas aldeas que tenían tan poco que ver con Limoges como un vagón de tercera clase con uno de primera.

Un cambio en el ritmo del traqueteo que acompañaba la marcha del tren sacó a Céline de su recogimiento. ¡Aquella era su parada! Pasó como pudo por entre la turbamulta de viajeros, arrastrando la maleta y con el bolso sujeto debajo del brazo. No le sorprendió descubrir, ya con los dos pies en el andén, que la estación era de lo más humilde: poco más que un apeadero con una caseta de ladrillo y un tejado de pizarra. No había mozos descargando mercancías ni muchachas deseosas de abrazar a sus prometidos. Tan solo ella. Tuvo que comprobar en su libreta que el nombre del letrero de la estación coincidía con las indicaciones recibidas. No se había confundido. Lo confirmó cuando oyó un silbido desde el camino que quedaba al otro lado de la caseta. La clase de silbido que se suelta sin usar los dedos, tan solo dejando salir el aire entre los dientes y el labio. Como quien llama a un perro tiñoso.

—Es usted la que va para Castroblanco, ¿verdad?

Más que preguntárselo, lo dio por sentado un individuo al volante de una camioneta destartalada. La había aparcado de cualquier manera, entre la cuneta y el arcén. Tampoco daba la impresión de que fuera a molestar a nadie. No parecía un camino muy transitado.

—*Oui*, debo serlo —le confirmó Céline.

—El equipaje va en la batea. Usted puede sentarse delante, si quiere.

—¿Disculpe?

¿«Batea»? Aunque llevaba años estudiando castellano, no conocía aquella palabra.

—¡Que las maletas van detrás, pero usted puede venir aquí conmigo, si quiere.

No era la primera vez que le gritaban al percatarse de que era extranjera. Que le diesen voces no servía de nada. Era francesa, no sorda. Que le repitieran lo que querían decirle usando otros términos solía dar mejor resultado. Dejó sus bultos en la parte trasera del vehículo y se sentó junto al conductor, que no hizo ni el intento de encender el motor. Extrañada, carraspeó para llamar la atención del hombre, concentrado liando un cigarrillo que se encendió antes de hacerle caso a su pasajera.

—Hay que esperar por más gente —le explicó, de nuevo a voces.

—¿Más gente?

—Del tren de Madrid. Que llega con retraso. No querrá que eche el viaje solo con usted. No sale a cuenta.

Lo único que quería era que dejara de hablarle a gritos. Se arrepentía de no haberse sentado en la batea, y eso que todavía ni habían arrancado. Además, no le gustaba cómo empezaba a mirarla aquel tipo, con una mezcla de descaró y condescendencia. Céline no aguantó ni diez minutos antes de levantarse y salir de la camioneta con la excusa de estirar las piernas. Aun así, la media hora que tardó en llegar el siguiente tren se le hizo eterna. No veía el momento de que hiciera acto de presencia alguien más y se subiera con ellos a la camioneta. Alguna mujer, a ser posible. Pero toda la compañía que se les aproximó fue la de dos caballeros casi tan jóvenes como ella. Uno, garboso y ágil en cada movimiento, con la pátina del bronceado estival todavía en las mejillas, viajaba ligero de equipaje; tan solo con un bolso de viaje mediano y una especie de caja de madera oscura que recordaba vagamente a una maleta. Parecía lleno de determina-

ción, con una sonrisa pícaro y prisa por llegar a su destino. El segundo, que de inmediato inspiró simpatía en Céline tanto por la sencillez de su indumentaria como por su porte desmañado, iba un poco más despacio y arrastraba un baúl de viaje. Al hombro, colgada, llevaba una cartera de piel de la que sobresalían unos lienzos enrollados. Con la mano que le quedaba libre sostenía una guitarra enfundada.

—¡Venga, Darío! No hagas esperar al chófer.

—¡Qué fácil es decirlo! Ven y échame una mano, ¿no?

A regañadientes, el que iba delante se volvió hacia su compañero y lo ayudó a tirar del baúl. Ni aun así se las apañarían bien ellos dos solos. Céline no pudo por menos de acercárseles y ofrecerse a echarles una mano, aunque solo fuera con la extraña caja de madera negra. Después del desagradable encuentro con el conductor de la camioneta, los buenos modales y las sonrisas francas con las que recibieron su colaboración la reconfortaron de una forma inesperada.

—*Mon Dieu!* —exclamó al coger la caja—. ¿Qué transportan aquí?

—Útiles para hacer magia —respondió el de la sonrisa.

—¿Son hechiceros? —le siguió la broma, divertida.

—Qué más quisiéramos —se lamentó el otro después de subir el baúl a la batea. Una vez lo colocaron de manera que no corría riesgo de volcar, la saludó formalmente—. Darío Dolagaray, un humilde estudiante de la sección de Letras de la Universidad Central. Si acaso hago magia con algo, habrá de ser con las palabras.

—No es cosa poca —le reconoció ella el mérito—. Céline Perrault, maestra de primaria. Me dirijo a Castroblanco. ¿Y ustedes?

Al que faltaba por presentarse se le dibujó una expresión de sutil perplejidad al escucharla, pero no dejó que se le ensombreciera demasiado el talante.

—Ya hay una maestra en Castroblanco. Se llama Guillermina. La destinó allí el Ministerio de Instrucción Pública hace tan solo unos meses.

—Es que es amiga nuestra. También vamos a Castroblanco —le aclaró el estudiante de Letras.

Céline se disponía a explicarse cuando un bocinazo de la camioneta los sobresaltó. El conductor se estaba impacientando. Si tenían ganas de parlotear, que lo hicieran por el camino. Como en el fondo no le faltaba razón, y aunque así hubiera sido no les quedaba otra, obedecieron sin rechistar. Esta vez Céline prefirió sentarse detrás, al descubierta, aun a riesgo de que se le quedasen las manos y el trasero helados. Los otros dos viajeros tampoco mostraron interés por ir delante. O bien el humo del tabaco les molestaba tanto como a ella, o bien preferían ir juntos. A fin de cuentas, con el conductor no habría entrado más que uno.

—*Alors*, ¿van a ver a esta amiga suya que es maestra?

—Sí. Bueno, no exactamente... En realidad, ella nos pidió que viniéramos... Somos compañeros de parti...

—Es complicado de explicar —interrumpió el de la sonrisa pícaro a Darío—. Usted no es de por aquí, ¿verdad?

Céline asintió. Era consciente de que su acento la delataba.

—Soy de Poitiers.

—*Une demoiselle qui vient d'Aquitaine, comme cette reine médiévale...*

Estaba claro que Darío no solo dominaba el idioma de la forastera, sino que estaba encantado de demostrarlo.

—Mucho más modesta que ella —le contestó en castellano por deferencia al otro joven, que quizás no estuviera tan bregado en lenguas romances—. Voy a Castroblanco para trabajar como profesora de francés en el internado de Nuestra Señora de Roche Amère.

A Darío se le desvió la mirada hacia su compañero, que ni siquiera había levantado la cabeza del suelo de la camioneta, como si le diera lo mismo a qué fuera a dedicarse la señorita. O como si ya lo hubiera deducido por sí mismo. A la profesora le dio la sensación de que no era la primera vez que aquellos dos oían hablar del colegio en el que iba a prestar servicios. Y, por algún motivo que se le escapaba, no parecía hacerles demasiada gracia. Más que un ángel, era como si hubiera pasado un diablo que les hubiera cortado las lenguas.

Con la prudencia propia de quien se sabe forastera en tierra extraña, Céline decidió no hacer preguntas al respecto. Se giró con cuidado para no perder el equilibrio, y echó un vistazo a su alrededor. Las praderas y los campos de centeno habían ido dejando paso a una vegetación más espesa, con hayedos que sombreaban una senda pedregosa por la que solo con dificultad podía transitar aquella camioneta desvencijada. A ratos divisaba el pálido reflejo del sol sobre el río que discurría paralelo al trayecto. Aquellas aguas, siglos atrás, habían ido labrando un desfiladero de paredes sobrecogedoramente verticales. Allí abajo, en el valle, protegido por aquellas moles rocosas, ya se distinguía Castroblanco.

Consideró Céline que había aguardado un tiempo razonable antes de retomar la conversación e hizo el amago de preguntarles si conocían el lugar. Se volvió hacia Darío para abrir la boca, pero se distrajo al oír cierta algarabía en el camino, a lo lejos. Lo que al principio no era más que un murmullo confuso, al poco se tornó un vocerío irritante. Ya se estaban acercando al pueblo, cuando pudo ver quiénes eran los responsables. Dos hombres iban subidos a un carro de varas tirado por una mula consumida. Otros tres lo flanqueaban y caminaban al mismo ritmo. Todos iban armados con escopetas y daban gritos. Aunque no alcanzaba a entender lo que decían, no le dieron buena

espina. Habría preferido que el conductor los hubiera adelantado cuanto antes. Por desgracia, la calzada no era lo suficientemente ancha y hubo que esperar a cruzar el puente de entrada al pueblo para poder dejarlos atrás. Al pasar a su lado, a Céline se le escapó un bufido de espanto.